

1 de enero. Ciclo B

## **SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS**

Num 6,22-27 + Ga 4,4-7 + Lc 2,16-21



## ■ Año nuevo

---

El día de Año Nuevo, el primer texto que se proclama como Palabra de Dios nos ofrece la fórmula de la bendición de Dios a su pueblo. Ese pueblo somos hoy nosotros. Comenzamos el año bajo la bendición de Dios. El Señor nos protege y bendice, ilumina su rostro sobre nosotros y nos concede su paz.

## ■ El Señor nos protege y bendice.

---

Hay, por parte de Dios, una actitud de “bien decir” hacia los suyos; el Señor les acompaña y protege en todos sus caminos. Cada día estimula nuestro trabajo, lo bendice, lo hace eficaz, prolonga en nuestras manos su trabajo creador. Todo bajo su mirada amorosa, protegiéndonos en los peligros. Dice bien de nosotros y nos hace sentirnos bien con nosotros mismos. Su bendición es una palabra eficaz, que realiza lo que dice. Podemos iniciar el año llenos de serenidad y confianza, porque Dios es fiel.

## ■ Ilumina su rostro sobre nosotros.

---

El israelita piadoso, recitando los Salmos, ansiaba llegar a ver el rostro de Dios: «¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?» (Salmo 41,3). «Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro» (Salmo 26,8). Ése es también el deseo de nuestros místicos: «Descubre tu presencia, y máteme tu vista y hermosura; mira que la dolencia de amor, que no se cura sino con la presencia y la figura» (san Juan de la Cruz). Ese rostro de Dios ha brillado para nosotros en su hijo

Jesucristo, un rostro transfigurado por la gloria de Dios, y un rostro, a la vez, desfigurado por nuestros crímenes y pecados. Necesitamos, hoy de manera especial, saber descubrir el rostro de nuestro Dios en tantos rostros humanos desfigurados por la injusticia. Ellos son hoy los nuevos siervos de Yavé, que cargan con los pecados del mundo. La contemplación del sufrimiento de tantos seres humanos inocentes es, sin duda, la gran llamada que Dios dirige hoy a su Iglesia y al mundo, y a la que los creyentes deberíamos responder con mayor radicalidad.

### ■ **Nos concede su paz.**

---

La paz era para el israelita la suma de todas las bendiciones divinas, una felicidad no alterada por mal alguno. Desearse uno a otro la paz era desearse todo bien, la convivencia armoniosa con Dios, con los hombres, con la naturaleza. Un deseo siempre anhelado y nunca del todo satisfecho para el corazón humano. «Dichosos los que trabajan por la paz», ha proclamado Jesús. Ellos serán llamados «los hijos de Dios», de ese Dios que bendice a su pueblo con la paz. Al comenzar el año, podemos reavivar en nosotros la vocación de ser constructores de paz en nuestro propio corazón y en el corazón del mundo, en las relaciones entre los pueblos de la tierra. «Paz en la tierra» han cantado los ángeles en Belén. «Paz en la tierra» es el clamor de los pueblos oprimidos. Pero la paz será una palabra vacía, si no se edifica sobre la verdad, la justicia, la solidaridad y la libertad. Con la Iglesia celebramos la Jornada Mundial de la Paz en este primer día del año.

## ■ **Santa María, Madre de Dios.**

---

El texto evangélico que hoy proclamamos, en una escena llena de sencillez y ternura, prolonga en nosotros las imágenes y sentimientos de la Navidad. Quiera Dios grabarlos en nuestros corazones para siempre y no sólo en estos días. En esa escena destaca la figura de María, la madre del Niño.

La Iglesia celebra hoy la fiesta de Santa María, Madre de Dios. Ella es la mujer creyente que, al colaborar con el plan de Dios, ha traído al mundo a Jesús, «el que salva», «el Hijo del Altísimo». María conserva todo lo que está viendo y oyendo, y lo medita en su corazón. María va recorriendo su camino de fe, contemplando y descubriendo la presencia de Dios en los acontecimientos de la vida.

También los creyentes debemos recorrer, como María, nuestro propio camino de fe, que tiene sus luces y sus sombras, sus momentos de claridad y su noche oscura. María, José, los pastores, son llamados a reconocer la presencia de Dios en un niño acostado en un pesebre. Acompañando los pasos de su Hijo, desde el pesebre a la cruz, irá descubriendo María todo el plan que Dios le propuso al principio de su vocación. Aquel que se encarnó en sus entrañas se ha encarnado también en las entrañas del mundo, en el espesor de lo real, en la carne y en las chozas de la tierra. Ésta es también nuestra vocación, que queremos renovar en este primer día del año: encarnarnos en la vida del mundo, en las causas dignas de la humanidad.